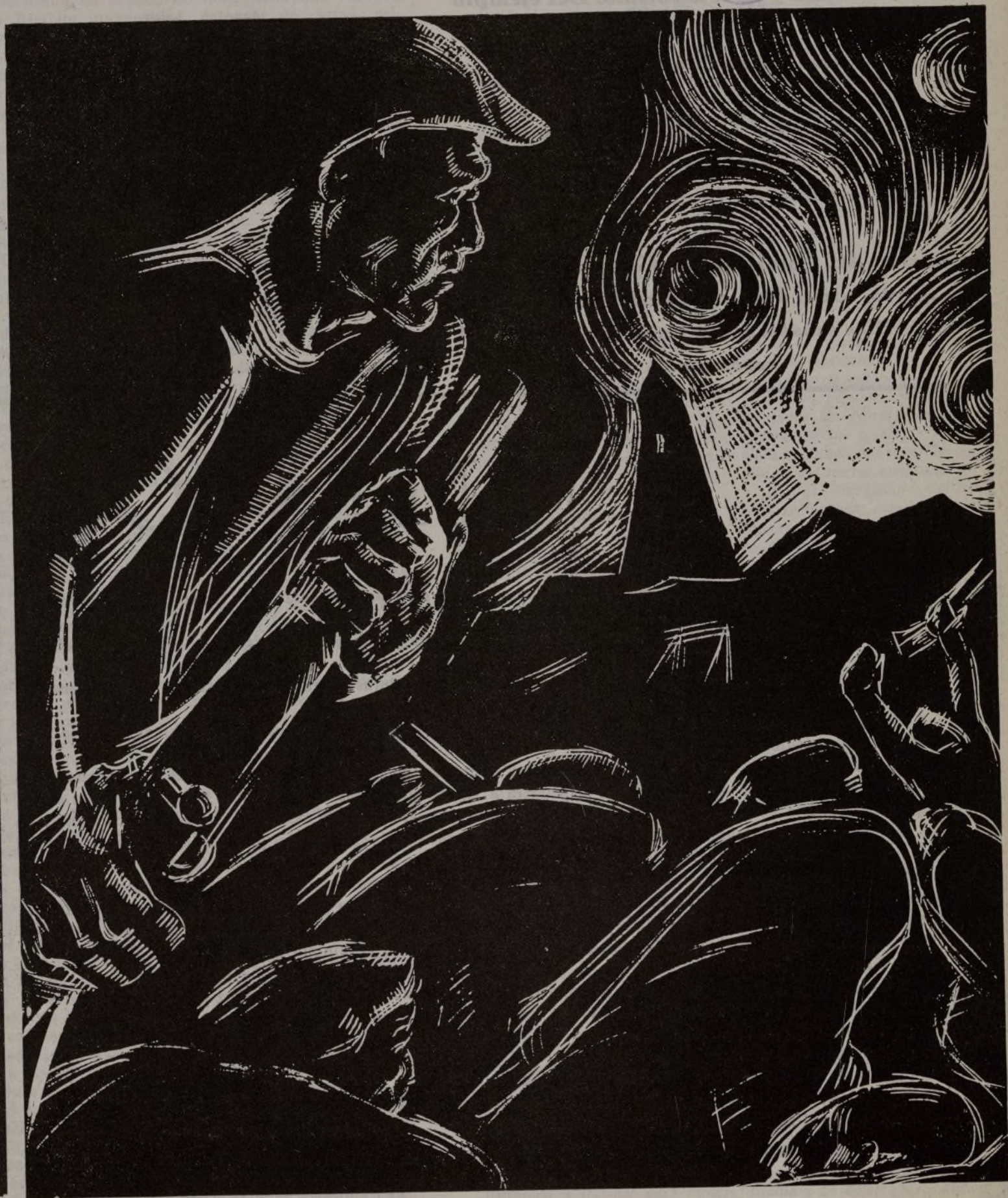


14.ª División

SEMANARIO DEL FRENTE

AÑO 1

Núm. 2



¡¡¡ATACANDO CONSEGUIREMOS LA VICTORIA!!!

Ayuntamiento de Madrid

El Comisario de Guerra debe ser el primero en oír el ladrido de las ametralladoras y el último en olvidar el soplo bronco de los obuses.

El Comisario de Guerra tiene que ser el primero en el sacrificio y en el heroísmo. Del ejemplo de sus virtudes se compone el pedestal de la victoria del pueblo en armas.

La mejor arenga del Comisario de Guerra, es la que escribe su sangre en los surcos desgarrados por la metralla.

La misión del Comisario de Guerra es de perfiles duros, como duro es el perfil de la verdad, es de perfiles tensos, como tenso es el perfil del heroísmo.

MISION

Si la Guerra y la Revolución tienen capacidad creadora para proporcionarse los sendos órganos que necesitan;

Si aisladamente atiende la primera a la lucha y la segunda extrae del seno del incógnito las fórmulas de las nuevas sociedades;

Si una y otra pueden por sí solas dar origen a nuevas estructuras, nada tiene de extraño que del connubio de ambas haya surgido una figura nueva: la del Comisario de Guerra.

Comisarios de Guerra, símbolo de la guerra revolucionaria, encarnación guerrera de la revolución, o si se quiere, representante de la Revolución en la guerra.

El Comisario de Guerra tiene una doble misión: de defensa de las masas proletarias, una; de enardecimiento de esas mismas masas, otra. Destinada la primera a salvaguardar los intereses de clase y de lucha de los empeñados en esta contienda internacionalmente decisiva que vivimos. De exaltación del espíritu combativo de sus soldados, por la palabra y por el ejemplo—verbo y carne—, la segunda. La primera, con valor estático; la segunda, con trascendencia dinámica. Encarnación de la pureza aquélla; loa de la osadía ésta.

Hombres espiritualmente dispuestos a mantener la ortodoxia de clase en todo momento, y hombres materialmente decididos a osarlo todo en las más adversas circunstancias. Eso han de ser los Comisarios de Guerra. A eso nos comprometemos los Comisarios de Guerra cuando aceptamos la honra de ostentar ese título que, como todos los que otorga el pueblo, exige abnegación y sacrificio. Ese es el mínimo que debemos rendir los Comisarios de Guerra.

Y en la hora difícil que vivimos, en el amanecer tenso, estallante de luz y esperanza a que asistimos, renuevo mi promesa de condicionar a la Guerra y a la Revolución mi presente y mi futuro.

¡Soldados del pueblo en armas!;

¡Defensores de los eternamente oprimidos!;

¡Paladines de los vejados y de los escarnecidos!;

¡¡¡Firmes ante el combate y ante las estructuras triunfantes de la sociedad nueva que se adivina segura y prometedora en el futuro de paz y trabajo!!!

¡ Por la Victoria del pueblo! ¡ Por el triunfo de la Libertad!

El Comisario de la División, M. VALLE.

PASADO Y PORVENIR

El Ejército monárquico de los desastres y el Ejército popular de las victorias.



El Ejército del pueblo, expresión viva y magnífica del proletariado en armas, no tiene nada que ver con el viejo Ejército monárquico, defensor de castas, privilegios y tiranías. Hay entre ambos el insondable abismo de que uno sirve para destruir las dictaduras que el otro pretendía implantar. Que uno se movía a impulsos de intereses de castas, al servicio de la aristocracia, el capitalismo y el clero, y el otro es síntesis y reflejo de un pueblo decidido a no dejarse mediatizar por nadie. Aquél es el ejército de los grandes desastres. Este es el ejército de las grandes victorias.

Desde Rocroi a la fecha, el ejército monárquico no había sabido más que cosechar derrotas. En todas partes, en todas ocasiones, en todo momento. En las guerras de Flandes y en la de Sucesión, en el Rosellón y en América, en Cuba, Filipinas y Marruecos. Nuestros generales—bonitos, palaciegos, expertos en maniobras y «pronunciamientos»—eran técnicos en retiradas y derrotas. A veces—es cierto—éste o aquél general cumplía con su deber muriendo en su puesto. Pero nunca, nunca, lograban conquistar una sola victoria. Tenemos, a principios del siglo XIX, el triunfo de la Guerra de la Independencia. Pero esta victoria no se debió al ejército. Se debió sólo y exclusivamente al pueblo, a los guerrilleros, a las masas populares que combatieron al invasor con toda clase de armas y en todos los puntos de la Península. Como contraste, en tierra y mar, los ejércitos monárquicos sólo sabían fracasar como en Cavite, Santiago de Cuba, Xauen o Annual.

El Ejército del pueblo viene a romper la tradición de derrotas. Viene a romperla frente al propio ejército monárquico sublevado contra el pueblo, de acuerdo y al servicio de los dictadores de Alemania e Italia. Frente al proletariado desorganizado e inerte, los generales palaciegos sufrieron ya en julio derrotas aplastantes y vergonzosas en Madrid, Barcelona, Valencia, Alicante, Toledo y Guadalajara. Frente al pueblo, que apenas tenía esbozada una organización militar, todos los estrategas monárquicos con los estados mayores de Roma y Berlín, fracasaron al pretender adueñarse de Madrid. Y ahora, apenas unos meses después, cuando el Ejército popular empieza a ser una realidad viva y palpable, las divisiones italianas y teutonas sufren contratiempos desastrosos en Triunfo, Brihuega, Alcaracejos, Teruel y últimamente en Vasconia. El Ejército popular va afianzando su potencialidad invencible. Frente a él los obstáculos desaparecen y los enemigos pierden terreno.

Asembroso el caso, magnífico el ejemplo de un pueblo que sabe, con unas milicias mal armadas, edificar un ejército invencible. Pero, digámoslo con sinceridad, no es único en el curso de la Historia. En las dos grandes revoluciones anteriores a la española, sucedió exactamente igual. Cuando Francia vio amenazada su revolución, cuando los ejércitos prusianos, rusos y austriacos se acercaron a París, surgió invencible el ejército revolucionario francés. Uno tras otro fué venciendo a sus enemigos. Y años después aquel ejército improvisado, aquellos mariscales surgidos de los oficios y profesiones más extrañas, paseaban victoriosos por el mundo y sujetaban Europa entera a los caprichos de Napoleón. El mismo fenómeno se produce en Rusia. Frente a los ejércitos blancos, a las partidas letonas, a las bandas enviadas por Alemania, a los ejércitos polacos, surge en un momento dado el Ejército rojo. Y el Ejército rojo destroza a todos sus adversarios para afianzar el triunfo del proletariado. Igual que hicieron antaño los ejércitos surgidos de la revolución francesa y de la rusa, tiene que hacer ahora el Ejército popular. Ha de aplastar a todos los adversarios, derrotar a todos los enemigos, garantizar el triunfo glorioso de nuestra revolución.

Alba en el norte

También del Norte viene la luz.

El palpitante de millones de corazones se hacía más lento, más sombrío, cuando llegaban las noticias de los frentes de guerra de Euzkadi. El pueblo hermano sentía en sus entrañas las uñas acoradas de las águilas de destrucción y de exterminio que nacieron en las selvas de Baviera. Ellas dejaron su nido fosco, hecho del dolor y de la miseria de un pueblo que gime bajo la opresión, y se lanzaron en vuelo cuajado de peligro y pleno de resonancias estridentes, sobre los campos de España. Y en los últimos días, los pueblos hechos de verde y de musgo del País Vasco, supieron del rombar bronco de sus gargantas de acero, y de la sombra letal que sus alas proyectaban en las campiñas de paz.

Euzkadi vivía horas difíciles, llenas de dolor, palpitantes de sangre joven que gritaba a los ámbitos del mundo su inmolation a los dioses de la guerra y del exterminio. Y de los ámbitos de España, todas las miradas convergían en la nube que empañaba su cielo, y querían penetrar la densidad de sus copos tintos en humo de carbón.

España vivía la noche de Euzkadi.

Por entre los caseríos de blanco y azul, corrieron las multitudes de mujeres y niños, que dejaban hogares en llamas, los prados hollados, surcada de metralla encendida la quietud del aire. Eran la marea de los horrorizados, de los inocentes.

Y otra vez entre los caseríos de blanco y azul volvieron a pasar multitudes. Pero esta vez eran de hombres. Sus pies no corrían; pisaban firmes, seguros de su misión, conscientes de sus dolores futuros, pero decididos a llegar hasta el fin, que sería la Victoria o la muerte; templado su espíritu en el fragor ardoroso de los altos hornos, corrieron hacia el fragor ardiente de las batallas como quien cumple el rito sereno de cada día. Y su cuerpo, acostumbrado a trabajar para otros, se hizo de andar más rítmico y elástico cuando fué a trabajar para la sociedad nueva, cuando

fué a dar el calor de sus energías y de su sangre a la vida limpia que entreveía por los collados de su tierra jugosa, hecha para vivir el balido de los recentales y los coros acompasados de los labradores.

Los hombres cortaron el vuelo de los aguiluchos de la Selva Negra y pararon en seco el andar atropellado y balbuciente de los lobeznos torpes de Roma. Urrumendi vivió fragores de lucha y las ventanas desenchajadas de Bermeo rieron con gozo la alegría de la esperanza, la luz dorada de la liberación.

La Alcarria saltaba la gloria de su triunfo primero, y ¡Así, así hermanos del Norte!, amaba la victoria de sus iguales y les enviaba el saludo con sabor de consejo de sus tierras arcillosas.

¡Así, así, trabajadores del hierro!, rechinaban, contentas de su reposo en el fondo del Cantábrico, las planchas de acero de España, que ya se veían libres para siempre de la angustia de tener que combatir a un pueblo para cuya defensa se hicieron.

¡Así, así, campesinos de Euzkadi!, gritaban los labradores de Castilla la Llana, desde las trincheras donde defienden el deseo de volver a sus surcos parados, promesas de doradas espigas.

¡Así, así, luchadores de Vasconia! era el tintineo de las esquillas amables que ya van camino de los riscos duros y de los prados frescos que miran a la Ermita de Santa María de la Cabeza.

¡Así, así, hermanos de lucha y de liberación!, resonaba en los ámbitos emocionados de todas las tierras de España.

Era que toda España veía y admiraba el temple de los hombres que defendían sus libertades, su paz y su trabajo. Era que la causa de los oprimidos, de los hasta ahora sometidos a la dominación del autócrata, de los que hasta ahora vivieron entre las miradas compasivas de los tiranos, también en las tierras que miran a la inmensidad libre del Cantábrico se levantaba victoriosa, por encima de las nubes de tiranía y de dolor que la ensombrecieron.

España asiste al alba emocionada del Norte.



El general Miaja posa para «14 División» en compañía de los jefes militares.

Miaja Mera Guevara Valle Verardini

Forjadores
del triunfo
de
Brihuega

HOMENAJE A LOS HEROES

El General Miaja visita a las fuerzas de la 70.^a Brigada

Las Milicias Confederales del Centro, forjadas por anarquistas como Val, han demostrado, no sólo que los trabajadores españoles son capaces de luchar con heroísmo sin igual, sino también que los elementos revolucionarios considerados como inadaptables por sus enemigos burgueses se disciplinan de un modo perfecto. Se han acabado los cuentos tártaros acerca del anarquismo. Ya no es posible creer que hay dos tipos de anarquistas: el que lleva una bomba en cada mano y el puñal entre los dientes, y aquel otro de la chalina absurda, las melenas lacias, el gesto melancólico y las grandilocuentes peroratas absurdas.

El anarquista real y verdadero, el que ha sabido recoger las lecciones de camaradas como Durutti, es el español, el que tenemos ante la vista, disciplinado en el frente y en la retaguardia, buen soldado antifascista en las trincheras, buen obrero revolucionario en el lugar de producción y en la asamblea sindical.

¿Y por qué es así? Porque tiene un sentido realista de la vida y una asombrosa capacidad constructiva. En los momentos actuales, un anarquista, en el frente, debe pensar y piensa en ganar la guerra, y en la retaguardia, en dar impulso a la revolución, sin regatear esfuerzos ni medir sacrificios acá o allá.

Para ganar la guerra, ha habido que militarizarse, y los anarquistas lo han hecho con decisión. Aquí están, convertidos en soldados integérrimos del Ejército del pueblo, de este Ejército forjado en el yunque de las más trágicas adversidades y perfeccionado, día a día, sobre el campo de batalla, entre el fragor de un combate sin treguas.



La guardia está montada.

Nuestro Mera, el querido jefe de nuestra división, decía recientemente en un mitín, celebrado en Madrid, que fué en el desarrollo de la lucha donde advirtió la necesidad imperiosa de la disciplina.



La derrota de Mussolini en Brihuega tenía este aspecto trágico.



El ilustre general Miaja conversando con el jefe de la División, Cipriano Mera.

plina, de una disciplina férrea al par que humana, capaz de impedir que el inconsciente instinto de conservación, al sobreponerse al sentido del deber, constituyera un factor de derrota. Advertida esa necesidad, había que satisfacerla. La satisfizo nuestro comandante y la satisfacemos con decisión todos sus soldados. En aras del triunfo, por la victoria sobre el fascismo, ¡disciplina!

Ya hemos dado pruebas de tenerla. Allá donde nos hemos enfrentado con el enemigo, y especialmente en el Jarama y en Guadalajara, en el Cerro Pingarrón y en Brihuega sobre todo, hemos demostrado que sabemos llevar con honra el nombre de soldados del Ejército popular antifascista.

Por eso mismo, el glorioso general Miaja, que con su temple moral ha dado la tónica del heroísmo a todos los defensores de Madrid, nos ha dedicado palabras efusivas, que no olvidaremos nunca, de estímulo y de elogio, de homenaje y de aliento. ¿Recordáis el desfile del cuarto Ba-

tallón ante él? ¿Y su discurso? En el fondo de nuestro corazón queda una impresión directa y emotiva de aquel cuadro. Cada cual lo interpretó a su manera, le encontró una significación distinta y guarda de él una memoria de diferente matiz. Nos emocionó a todos.

El discurso del general no fué suave, no se asemejó a esa caricia que recibimos después de haber sido heridos en el combate. Más se parecía a esa ráfaga de aire reanimador, fresco y sano, que saluda a nuestra victoria y a nuestra vida cuando, después de varias horas de brega y lucha, sudorosos, sedientos, extenuados y anhelantes, ponemos el pie en la cumbre de una loma de donde hemos arrojado al enemigo.

La presencia y las palabras del ilustre jefe del Ejército del Centro fueron un «¡adelante, camaradas!» y un «¡bravo, muchachos!» para todos nosotros, que no las olvidaremos. El general nos felicitó por nuestra disciplina. Le prometemos solemnemente que ésta no se resquebrajará

jamás. Antes, al contrario, se hará más firme y eficiente cada día, porque, cada día también, será más honda y perfecta, en toda la División, la compenetración entre el Mando y la tropa, entre los jefes y los soldados.

Somos todos camaradas. Cada cual en su puesto, todos cumplimos el mismo deber y arriesga-

mos nuestra vida por la misma causa. Constituiremos un torrente de hierro, y un día, nuestro paso rítmico y firme será un himno de victoria. ¡Adelante los hijos del pueblo! ¡Adelante los que tendieron sobre los llanos de Brihuega a los invasores de nuestra patria! ¡Hurra, soldados del Ejército español!

Premuras de tiempo y agobios de material nos han impedido hasta ahora dar a "14 DIVISION" la extensión y el contenido que inicialmente nos propusimos.

Superados esos inconvenientes, a partir del número próximo, "14 DIVISION" constará de diez y seis páginas y los grabados actuales serán sustituidos por tri-comías.

El romance publicado en nuestro número anterior, es original de nuestro querido camarada J. Garcia Pradas.



Nuestros compañeros Val, Sanz, Verardini, Barrios, Valle y Guevara en alegre camaradería.

La higiene de los ojos en campaña

Sabemos que se nos dirá por algunos al leer el título de estas líneas, que la guerra no da tiempo en su vértigo de seguir preceptos higiénicos. Otros dirán que se pueden dar reglas de higiene cuando no se conoce las necesidades de la campaña.

Tanto unos como otros se equivocarian, porque conocemos de cerca la guerra y conocemos las condiciones higiénicas que se pueden utilizar en ella.

Uno de los órganos más necesarios de especial cuidado son los ojos. Existen varias razones para esta predilección.

No olvidemos que ojos no existen más que dos y hay que conservarlos, porque no pueden ponerse de recambio como un brazo o una pierna. Los ojos nos sirven como medio principal para nuestra vida de relación, y su falta convierte a un hombre, por muy pletórico que esté de fuerzas físicas, en un ser expuesto a todos los peligros y prácticamente inútil.

De ahí la necesidad de poner todos los medios a nuestro alcance para cuidar los ojos como merecen por la utilidad que nos prestan.

Apartándonos de explicaciones científicas, pues no se trata más que de un simple trabajo de divulgación práctica, presentaremos algunos casos muy frecuentes en el campo y su remedio inmediato.

Lo principal, lo indispensable en los ojos es la limpieza. No hay razones para que se laven las manos, los pies y no se laven los ojos, evitando en todo momento hacerlo con agua no limpia ni que tenga jabón. La limpieza debe hacerse con agua clara y nunca a chorro, sino cogiendo agua con la palma de la mano en forma cóncava y frotando suavemente los ojos, abriendo éstos repetidamente en el agua. Luego secarlos cuidadosamente, siempre

con una toalla o pañuelo limpios.

La limpieza de los ojos, salvo accidente intermedio, debe hacerse por las noches para conservarlos limpios la mayor parte posible de tiempo.

Cuando los ojos se encuentren irritados por exceso de sol, no contando con gafas protectoras, por el polvo o el humo, es necesario hacer lavados con agua, a ser posible hervida, agregándole una cucharada de cloruro de sodio (sal gorda común), en la proporción de cucharada por litro y medio de agua. Entonces se procurará empapar en el agua un trozo de algodón y lavar suavemente los ojos, teniendo la precaución de templar el agua.

En el caso de introducirse en los ojos algún cuerpo extraño, no deben frotarse los ojos jamás.

El mejor procedimiento, tratándose de un cuerpo liviano, una brizna, un grano de tierra o cosa análoga, es sujetarse los párpados con fuerza manteniendo el ojo abierto, con el objeto de provocar el lagrimeo que arrastra, naturalmente, el cuerpo extraño introducido.

Las razones de no deberse frotar los ojos, aun cuando se sienta necesidad de ello, son naturales: toda vez que con el frotamiento se corre el peligro de dañar el globo del ojo, si se trata de un cuerpo duro.

Hay que tener como norma principalísima no tocarse los ojos con las manos sucias, ni con ningún objeto que no esté limpio. Esto puede hacerse, pues, aun en el parapeño deben todos tener un pañuelo limpio, que no es difícil limpiarlo en cualquier arroyo.

Sólo tratamos aquí de cuestión de higiene, toda vez que en el momento de sufrir algún accidente por golpe, quemadura o cualquier agente violento, debe el paciente presentarse inmediatamente, o cuanto antes pueda, al mé-

dico para proceder como convenga.

Queda dicho, pues, que la condición fundamental para el buen cuidado de los ojos, es la limpieza.

En otros trabajos, sin salirnos

de los términos de divulgación, trataremos de las enfermedades de ojos que pueden adquirirse en la vida de campaña y los medios para evitarlas o paliarlas una vez adquiridas.

E. R. R.



Marruecos: los «Ben-Cuzuz», se movilizan...

EVADIDOS

Envío: A mis enfermeras. Las manos leves, suaves, bálsamo de tantas heridas y tantos dolores... Y a mis médicos. Atención auscultativa, pulso firme en intervenciones y desvelados como sus colaboradoras, atentos en todo momento—ellas y ellos—, a la llamada del deber.

Pensar en evadidos, para cualquiera que no haya tenido ocasión de conocerlos puede parecer idea de poca monta. Por el contrario, para quienes hemos tenido esta ocasión, para quienes nos tocó en suerte un abrazo fraterno de estos «presentados», significa un complejo de emoción y sentimiento indescriptible. ¡Evadidos!... ¡Carne de nuestra carne que presa del otro campo rompe las cadenas que la sujetaban y se nos incorpora! Salud a vosotros, que por venir a nuestro lado dejáis jirones entrañables en poder de vuestros verdugos. Días vendrán de liquidación, y entonces la espada de la Justicia sabrá hacerse entender entre esos irresponsables, si antes no hicieron la maleta de sus crímenes, de sus infamias y de sus vandalismos, decidiéndose a desaparecer perseguidos por las maldiciones y por la estela del dolor en que han sumido a un pueblo noble, trabajador y generoso con ellos, que ya otra vez les perdonara.

¡Evadidos!... Son de tierras de... De todas las tierras que los generales vendidos a intereses bastardos asolan y tratan de desvincular de nues-

tro patrimonio. De Galicia, de Extremadura, de Aragón, de Castilla... De pueblos y ciudades de estas regiones donde el militarismo hincó su garra haciendo en ellos presa para no soltar hasta que no le sean arrancadas las uñas o destrozadas las patatas de animal inclasificable.

Vienen a nosotros con la ilusión reflejada en sus rostros de pelear al lado nuestro, como sus hermanos que somos, para defender nuestros intereses comunes: nuestra independencia, nuestra libertad y nuestro derecho de hombres libres, y defenderlo con todo el tesón y voluntad que pusieron en realizar su fuga. Sin temor, sin reparar en medios, sin ahorrar sacrificios; aprovechando todos los momentos, todos los accidentes, todas las coyunturas favorables.

Y vienen sin distinción de sindicales ni de partidos; ni sin preguntar cuál de éstos tiene más preponderancia en la situación. Hermanos que esperan vivir entre hermanos, donde les sean respetadas sus ideologías y admitidos sus esfuerzos.

Aprendamos de ellos. De ellos y de los cirujanos y sus colaboradoras, a quienes dedico este modesto trabajo. Atención constante, disposición perenne, que cada uno de nosotros, en la fuerza en que le sea demandado por las circunstancias y permitido por sus posibilidades, sepa decir ¡presente!, sin «evadirse», sin eludir el deber.

Luis LUENGO.

Hospital Central de la Cruz Roja, Madrid.

Cara al triunfo

El amuleto de todas las victorias

Ciertamente, el valeroso soldado español, nacido del pueblo y puesto en pie de guerra por y para el pueblo mismo, no necesita de supersticiosos sortilegios para estimular su heroísmo y su probada fe en la victoria final, pero si necesitara de algún amuleto, ninguno tan eficaz como llevar consigo la visión exacta de esas rotas italianas, en las que los soldados de Bergonzoli dieron un susto al miedo, en su desenfrenada carrera ante el empuje de los soldados del pueblo.

Porque, es un hecho indudable, que allí donde surgió frente a nuestras armas una división italiana, surgió el descalabro y la hecatombe para las fuerzas invasoras. No ha marrado el hecho, ni una sola vez.

Aparecen en campo abierto, por las lindes de Guadalajara, y con todo su *camuflage*, con todo su vistoso ornamento de opereta bufa, se desmoronan y se hunden, señalando para la República una de sus más fervorosas victorias.

Asoman a poco por tierras del Sur, a las afueras de Pozoblanco, y su sola presencia basta para que nos apuntemos otra inenarrable victoria, cual es la detención de la ofensiva, la conquista de importantísimos pueblos, la destrucción del mito romántico del Santuario de la Cabeza...

Y cuando Euzkadi sufre momentos de verdadera incertidumbre, aparecen los italianos en Bermeo, y todo el furor bélico de los fascistas queda como pompa de jabón en un arroyo claro.

Guadalajara, Pozoblanco, Bermeo...

¡Italianos a la vista!

El amuleto del triunfo es, a no dudarlo, esos soldadillos bonitos, que los Manzini y Bergonzoni nos mandan con ínfulas de pobres invasores.

Figurar en los cuadros ofensivos, algunas de estas unidades, es garantía de éxito seguro.

TECNICA MILITAR - EDUCACION MORAL

Principios de mando.

El Jefe.—La acción del Jefe tiene una influencia decisiva sobre el valor de los hombres que manda. Por ello, el Jefe debe ser instruido, dar el ejemplo y, sobre todo, saber ordenar.

El que conoce su deber y responsabilidad no pide a la fuerza que manda más que sacrificios útiles, ahorra esfuerzos, no la emplea prematuramente y no arriesga en el combate inconscientemente las existencias.

El que no reúne estas condiciones está perdido; la falta de saber es nefasta, hace al Jefe irresoluto y tímido y le hace perder rápidamente la confianza de su fuerza.

La fuerza, los hombres que la componen, son el reflejo de su Jefe; son su juez más severo y retienen sus menores palabras, espiando constantemente su aptitud.

No desea otra cosa más que admirarle y seguirle ciegamente. Cuando un Jefe consigue que al fuerza a sus órdenes se emplee inteligentemente en el fuego, se considera suficientemente recompensado.

Mandar es:

Dar las órdenes y vigilar su más exacto cumplimiento.

Prever los acontecimientos y adoptar las disposiciones convenientes para prevenirse de ellos.

Conocer en todo instante los sentimientos de sus hombres para animarlos o recompensarlos.

Atender a las necesidades de todas clases de sus hombres.

Ser siempre justo en el ejercicio de su autoridad.

Mantener siempre la disciplina, única forma de que la fuerza proporcione rendimiento en el combate.

Conseguir plenamente la confianza de los hombres que se hallan a sus órdenes.

Mantener y conservar la moral de la fuerza en todas las circunstancias favorables o adversas.

Valor persona lconsciente, voluntad firme, atención vigilante y la

Valor personal consciente, voluntad firme, atención vigilante y la

El ascendiente.—Nunca debe pensarse que ya se es Jefe, porque sus órdenes sean obedecidas en circunstancias ordinarias. Ello no indica más que la fuerza respeta y acata las insignias que indican su graduación. No debe, por tanto, considerarse satisfecho hasta no haber ganado la confianza y el corazón de sus hombres y tener la seguridad de que están entregados a él y que le obedecerán aún delante de la muerte.

En momentos difíciles, la autoridad que él se deba a sí mismo tiene más valor, y será por lo tanto mucho más eficaz que la que puedan concederle los Reglamentos o el Código.

Las condiciones morales.—El Jefe se eleva en la estimación de sus subordinados, ante todo, por las cualidades de su carácter, y justo es que así sea, pues la energía, la voluntad, la perseverancia, el dominio de sí mismo, el sentimiento del deber y la abnegación son cualidades sin las que las más extraordinarias dotes de inteligencia serían inútiles.

Una buena preparación e instrucción general y militar no se puede improvisar en el curso de una campaña, pero todo Oficial puede y debe aprender a fondo todo lo que concierne a sus funciones.

El saber proporciona la confianza en uno mismo, y las órdenes serán precisas; las soluciones, en cada caso que se le presente, serán adoptadas con buen sentido y le acudirán rápidas a su espíritu. Ello le hará expresarse con calma y sin excitación, lo que conseguirá influir confianza en los que han de cumplirlas y será escuchado con atención por los inferiores. Pero, al contrario, las órdenes a destiempo, poco claras o contradictorias, dadas en tono incierto, inspiran siempre dudas sobre su eficacia. Un hombre normal no obedece ciegamente más que cuando tiene confianza absoluta y ciega en quien ordena.

Cuando un Jefe tiene espíritu de justicia, una rectitud absoluta y cuida del bienestar de sus hombres, será indudablemente querido por los que manda.

El soldado admite muy bien las penalidades y los sacrificios cuando éstos tienen una razón de ser, pero se indigna y rechaza las molestias inútiles y motivos de sufrimiento innecesarios.

La justicia no consiste en tratar a todos los hombres por igual, sino en exigir de cada uno el empleo de todas sus facultades y en recomendar los méritos en razón de los esfuerzos que han costado.

La actitud en el Oficial es también cuestión importante. El abandono en el vestir y en el lenguaje, ciertas familiaridades y afanes desmedidos de popularidad no son admisibles entre Oficiales. Se puede ser correcto, sencillo, afectivo y digno, sin tener a sus inferiores a distancia y sin dejar de tener buen humor y sana alegría, que como la tenacidad en la esperanza y la fe en la victoria son tan eminentemente comunicativas.

En los días malos, cuando aparece la desanimación, los Oficiales deben formar bloque con la clase y esforzarse en levantar la moral; recordar que suceda lo que suceda, no se debe jamás desesperar y que en la guerra la fortuna tiene vueltas asombrosas al servicio de los que no se abandonan, y que la victoria final pertenece al que sabe sufrir un cuarto de hora más que el otro.

En otra oportunidad se tratará del «Espíritu de precisión» y «La importancia de los detalles».

Abril de 1937.

Por la transcripción. Un



TANQUES

M A Y O R V E R A R D I N I

Esta creencia general de todos los tratadistas de esta especialidad antes de declararse el conflicto armado que hoy estamos viviendo, que el tanque no volvería a tener la época de predominio sobre las demás armas que tuvo en las últimas fases de la guerra europea.

Las razones que abonaban esta creencia es que no volvería a producirse la estabilización de los frentes y con ello el predominio absoluto del arma automática y de la alambrada, que son las primordiales razones de existir del carro de combate. La experiencia actual nos está demostrando lo contrario y nos hará por tanto modificar hasta cierto punto estas creencias de la post-guerra.

Contra el carro de combate se han esgrimido también razones de un pretendido humanitarismo, calificándolo de arma innoble por razones de su crueldad, debido a que el que combate en él lo hace escudado en una coraza. Estas razones, absurdas a todas luces, no son sino expresión de egoísmo de los países pobres, que exactamente igual combaten contra el acorazado apoyando al submarino; las razones hay que buscarlas y no tienen otro fundamento en que los carros, por su precio prohibitivo, no están al alcance más que de las potencias altamente industriales y poderosas.

En la conferencia celebrada en Ginebra en julio de 1932 se trató de prohibir o, al menos, limitar el empleo de los carros y su tonelaje.

La dificultad primordial para poderlo hacer con algún fundamento estriba en discernir si el carro es un arma ofensiva o defensiva, se encuentra en el mismo caso de discusión que la aviación y el submarino.

Ante todas estas razones oponemos nuestro criterio personal. Lo inhumano no son los procedimientos, es la guerra en sí. Una vez declarada la guerra, lo menos inhumano es acabarla cuanto antes recurriendo a cuantos procedimientos sean precisos.

Los prohibicionistas se basan en un criterio romántico, tratando si de ellos dependiera, que la guerra continuase siendo un combate medioeval, en que todo habría que fiarlo a la fortaleza del brazo y al filo de los espados. Los compromisos internacionales y todos los tratados que se escriban tratando de prohibir el empleo de las armas nuevas, tienen una eficacia muy relativa, ya

que los Gobiernos no dudarán de firmarlos; pero después, una vez la guerra declarada, emplearán cuantos medios estén a su alcance.

Por muy caro que resulte el empleo de los carros de combate, el ahorro que en vidas y en municiones de artillería hace, aconsejan su empleo y hacen preveer su preponderancia en las guerras futuras.

Particularmente el resultado de la jornada del 20 de noviembre de 1917, cuando se logró escindir la famosa línea Hindenburg en un frente de 15 kilómetros, marcó una línea clara para el porvenir de los carros de combate.

En el porvenir hay dos tendencias diferentes sobre el empleo de los carros de combate, una de unificación y otra de especialización.

La solución del carro único, según opinión del ingeniero Stakelberg, por muy científica que fuese sería siempre defectuosa. Hay una serie de razones tácticas y estratégicas para el empleo del carro de combate en la batalla que impiden el obtener esta solución.

Por el contrario, la otra teoría de construir un carro de combate para cada caso tropieza con una serie de dificultades, principalmente de construcción, que es difícilmente realizable. Para su empleo táctico sería difícil de obtener soluciones aceptadas al perder el principio básico elemental e toda arma de intercambiable.

La atención de los técnicos está polarizada hacia dos tipos de carros: el ligero y el medio. El carro pesado de combate o de ruptura tiene pocos partidarios. En la hora actual, solamente en Francia y en Rusia existen técnicos que abogan por este tipo. Francia, con sus «8-C», y Rusia, con su Super-tanque de ochenta toneladas.

Otra de las características orientaciones del carro de combate para el futuro es el aumento de tipos de carros especiales: anfíbios, de mando, de radio, porta-puentes, de arrastre, etc.

Respecto al problema planteado en la actualidad referente a las dos condiciones antagónicas, blindaje o velocidad, la opinión se muestra indecisa y partidaria de una solución ambigua y difícil de obtener tratando de aumentar el blindaje sin disminuir la velocidad.

El motor, que es otra de las

características que han de sufrir variaciones de importancia parece inclinado a aumentar cada día más su potencia, y entre los perfeccionamientos que en él han de introducirse creemos han de ser los primeros la sustitución del motor de explosión por el de combustión interna tipo Diesel o similar y la sustitución de la refrigeración por agua actual por refrigeración aérea.

Hay varios problemas de índole técnica planteados y que creemos serán objeto de próximas mejoras. Nos limitaremos en este reducido estudio a señalarlos. Son los principales: La accesibilidad de los órganos en marcha, el mecanismo de cambio de dirección, la capacidad de franqueamiento, el armamento, la estanquidad, el problema del incendio, la disposición interior, las cadenas, la visión desde el carro, el estroboscopio, o el phenakisticopio.

Simultáneamente con el perfeccionamiento del carro surge por fuerza el perfeccionamiento de la defensa anti-carro. Desde los años de 1917 en que los alemanes, después de la batalla de Cambrai, empezaron a preocuparse seriamente de esta defensa, numerosos perfeccionamientos se han introducido en ella y en su técnica.

La necesidad de obtener efectos de penetración fulminantes,

que exigían enormes velocidades iniciales, constitución de proyectiles con arreglo a normas nuevas y armas de una rasancia extrema obligaron a los fabricantes de armas a numerosos experimentos y prácticas que cada día perfeccionan estas armas.

No obstante, hoy no puede fiarse la defensa contra el carro de combate al empleo de un número forzosamente exagerado de cañones anti-tanques.

En la situación actual de la técnica del carro de combate hay que oponer el principio similar contra el avión el avión, el de contra el carro el carro.

Existe una técnica completa referente al empleo del carro contra el carro y teorías que han sido llevadas a su perfección por el teniente coronel Edmunds, que podríamos resumir en la creación de posiciones flexibles y profundas compuestas de islotes insubmersibles. Los carros atravesarán fácilmente esta posición permeable, pero se desorganizarán, alejándose del sostén de su artillería, estando entonces expuestos a los contraataques llevados a cabo por las unidades de carros, colocadas por la defensa en lugares escogidos. Es decir, que la defensiva manejará campos defensivos de mayor profundidad, con posición de resistencia, con fuego continuo en los intervalos, pero de ocupación discontinua.

